



✿ HANNAH LYNN ✿

MEDUSA

mř



Título original: *Athena's Child*

© 2020, Hannah Lynn

Esta edición se publica por acuerdo con The Bent Agency UK Ltd a través de International Editors' Co.

Traducción: Andrea Muriel

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño / Eduardo Ramón Trejo

Derechos reservados

© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial MARTÍNEZ ROCA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: marzo de 2023

ISBN: 978-607-07-9837-5

Primera edición impresa en México: marzo de 2023

ISBN: 978-607-07-9802-3

Esta historia es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, organizaciones, lugares, eventos e incidentes se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con cualquier persona, viva o muerta, eventos o lugares es pura coincidencia a menos que se refiera a figuras mitológicas comúnmente reconocidas.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPRO (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

CAPÍTULO 1

Las tres figuras permanecieron en la entrada mirando las ráfagas de polvo florecer en el aire. El silencio que las rodeaba no era fácil de llevar. Era un silencio cargado de remordimiento por una pregunta no verbalizada de la que todos sabían la respuesta, aunque nadie se atrevía a decirla.

El calor del verano había suplantado el verde de la primavera. Largas sombras de cipreses marcaban líneas en la seca y polvosa tierra, y el olor de la fruta pasada endulzaba el aire alrededor. Moras marchitas cubrían el suelo creando gloriosos festines para los insectos que husmeaban sobre rocas y tierra. Aunque el sol ya había comenzado a descender, el aire de la tarde aún era pesado por la humedad del día. Mientras la familia miraba al caballo y su jinete desaparecer en el horizonte, el sudor tejió un camino al bajar por sus cejas y espaldas.

—Deberíamos considerarlo —dijo la madre, Aretáfila, la primera en hablar siempre. Sus palabras eran contundentes y carecían de emoción, como si aquello no fuera más que una transacción, una venta en el mercado, lo cual, sin duda, era así. Pretender que era más que eso sería una tontería.

—No deberíamos. *No lo haremos.* —La mirada de Tales encontró la de su esposa por primera vez desde que su visitante partió.

—No podemos seguir postergándolo. Somos afortunados. Es un buen partido.

—¿Bajo qué evidencia haces este alegato? —La voz de Tales se endureció.

—Tengo experiencia en esto —replicó Aretáfila.

Ambos miraron a la niña que se encontraba entre ellos.

—Entra —ordenó la madre a su primogénita—. Ve a buscar a tus hermanas. Asegúrate de que no hayan hecho de sus ropas un desastre. Y no habrá necesidad de preocuparnos por cocinar esta noche, tenemos más que suficiente con lo que trajo nuestro huésped para arreglárnoslas.

Los ojos de Medusa se apartaron del horizonte. Tras una simple y elegante inclinación de cabeza hacia su madre, dio media vuelta para marcharse.

—¡Pero quítate esa cosa primero! —señaló su padre refiriéndose a las joyas alrededor de su cuello. Medusa levantó la mano y tocó el collar. Sin decir una sola palabra, deslizó el reluciente hilo de joyas sobre su cabeza y

se lo entregó a su padre antes de desaparecer en el interior de la casa.

El hombre a caballo era el tercer visitante que recibían en un mes y el más adinerado hasta el momento. Consigo trajo cestos de higos, vino, aceitunas, carne y joyas. El collar tenía incrustaciones de oro y más granates de los que cualquiera de ellos había visto en su vida. Si lo vendieran, podrían ganar más de lo que su granja produciría en tres años.

Tales echó un vistazo al objeto y se estremeció.

—Aretáfila —dijo, tomando la mano de su esposa y poniéndola sobre la suya—. ¿Qué hacemos? ¿En verdad crees en lo que dices? ¿Crees que es un buen partido?

Ella asintió despacio.

—Eso creo. Fue cortés, tiene un buen apellido e inteligencia. No todos han sido bendecidos de ese modo.

—La inteligencia es sinónimo de astucia, de malicia —le respondió Tales—. Él me duplica la edad y un poco más. ¿Qué interés podría tener un hombre de esa edad en una niña de trece años?

El silencio de su esposa le dio las respuestas que temía.

A su alrededor, cigarras y tordos llenaban el silencio hasta que Aretáfila suspiró, dejando salir el aire que retenía en los pulmones.

—Este no tiene que ser el castigo que piensas que es, Tales. Muchas son afortunadas. Yo fui afortunada. Mis parientes fueron afortunadas. No puedes retener a todas nuestras hijas solo por el destino que tuvo tu hermana.

—No las retengo. Solo a Medusa. —Frotando el puente de su nariz, Tales gimió—. Ay, la carga de tener hijas —dijo—. Si hubiera sabido el tormento que me causarían, las habría ahogado al nacer.

Aretáfila volteó bruscamente.

—No lo habrías hecho —respondió molesta.

Tales rio con cierta tristeza.

—Claro que no. No habría podido mandarla al lecho del río, así como ahora no puedo enviarla a los lobos. Ese es mi sinsentido. ¿Dices que tuviste suerte en este matrimonio? Un mejor esposo no se atormentaría por tan trivial cuestión.

Aretáfila posó la mano sobre el brazo de su esposo.

—No es una cuestión trivial y tu preocupación da muestra de tu corazón. Pero no todos son lobos, Tales.

Tales avanzó hacia el camino donde el viento ya había borrado las huellas de las pezuñas.

—Estás equivocada, mi amor. Desearía que no fuera así, pero lo estás. Ellos lamen sus labios cuando la ven. Estos no son hombres. Son víboras, serpientes que intentan buscar los huevos más frescos. Y cuando los encuentran, los rompen, devoran sus adentros y no dejan nada más que cascarones vacíos. Lo siento en mis huesos, en cada respiro. Cada vez que mis ojos caen sobre ella. Myrtis tenía un año más que Medusa y tan solo la mitad de su belleza. El destino de mi hermana no será el de mi hija.

—¿Entonces, Tales? ¿Qué quieres que hagamos?

El viaje fue largo; cuatro días a pie y con poquísima lluvia para combatir el sofocante calor e incluso menos sombra para protegerlos del ardiente sol. Viajaban solos y, aunque el dinero no era escaso, los dos durmieron cobijados por árboles y estrellas. Durante el primer día, a pesar de los intentos de su padre por comenzar una conversación, Medusa no habló ya que su corazón estaba deshecho. Completamente roto por despedirse de sus hermanas.

—Pero volverás pronto, ¿verdad? —Esteno, la más pequeña de sus dos hermanas, se había colgado de sus piernas—. Porque mis volteretas serán aún mejores entonces. Tendrás que verlas. Vas a regresar a verme, ¿verdad? —Medusa luchó para que las lágrimas que le nublaban la vista no lograran derramarse.

—Aún me tienes a mí. —Euríale, la hija de en medio, consoló a su hermana pequeña salvando a Medusa de la incomodidad de ahogarse con sus palabras—. Yo te veré hacer las volteretas.

—¡Pero tú no eres tan buena como Medusa! —protestó Esteno.

—No —coincidió Euríale—, pero sigo siendo mejor que tú —le dijo y agitó el cabello de su hermanita hasta hacerla reír.

—Gracias —susurró Medusa.

Durante toda su vida, los siete años entre Euríale y Medusa se habían sentido como una generación completa, e

incluso más. Los infantiles modos de su hermana —chillar ante los ratones, hacer rabetas— habían hecho creer a Medusa que estaría más feliz si las separara un pueblo completo. Medusa recordó que, en más de una ocasión, fue ella quien acortó sus momentos juntas, aburrida por su alegría juvenil; en otras permaneció con ella, pero impaciente al considerar las formas más provechosas en que podría estar pasando el tiempo. Cómo deseaba tener esos momentos de vuelta. Todos aquellos minutos en los que hizo a un lado a su hermana para regar las plantas, ayudar en la cocina o simplemente para estar sola y lejos de las locuras de Euríale. «¿Cuánto tiempo sumarían?», se preguntaba. Todos aquellos minutos. ¿Unas pocas horas? De inmediato supo que la cuenta estimada era muy baja. Un día, tal vez. Incluso una semana entera. Una semana más que podría haber pasado con su hermana.

—Nunca se sabe. —Euríale había tomado la mano de Medusa para entrelazarla con la suya—. Tal vez la diosa deseará que vayamos contigo. Tal vez las tres estaremos juntas en su templo algún día.

—Tal vez.

—O quizás ella pensará que eres muy hermosa para quedarte ahí y te mandará de vuelta con nosotras con las riquezas de un rey.

—No creo que pudiera mandarme de vuelta *y además* darme riqueza.

—Ya veremos —respondió Euríale y abrazó a su hermana.

Conforme Medusa siguió caminando junto a su padre, trató de traer a su mente cada uno de aquellos descartados recuerdos.

—Perdóname, hermana —susurró al viento mientras caminaba—. Perdóname.

CAPÍTULO 2

Desde afuera el templo parecía vacío. Los pilares, más anchos que troncos de roble y el doble de altos, proyectaban sombras en las escaleras de mármol mientras sutiles aromas de romero y madreSelva se arremolinaban en la brisa.

—Te esperaré aquí —dijo Tales, colocando su bolso sobre la tierra antes de sentarse junto a él.

—¿No vas a entrar conmigo?

—No puedo, hija mía. Ningún hombre puede entrar al templo de Atenea. Pero te esperaré aquí mientras conoces tu destino.

Medusa subió los escalones hasta el templo.

Dentro era cavernoso. Cientos de velas iluminaban las paredes. Estremeciéndose, Medusa caminó hacia ellas.

—No temblarás por miedo, espero... —emergió una voz de las sombras. Una voz de mujer.

Medusa dejó de caminar.

—Quizá solo un poco.

La risa de la mujer hizo eco en la cámara, sonora y resonante, como el tintineo de una copa de cristal.

—Con suerte eso pasará pronto.

Fue como si ella hubiera creado la luz. Pues cuando dio un paso fuera de las sombras, las mismas sombras desaparecieron.

—Mi diosa. —Medusa se arrodilló ante ella y, al hacerle, el duro golpe con la piedra le pinchó la piel—. Perdóname.

Atenea negó con la cabeza. Sus ojos tenían reminiscencias del mármol pulido, un gris reluciente, contemplativo. Cientos de miles de pensamientos se arremolinaban detrás de ella. La pálida piel de sus brazos desnudos destellaba tal como la daga enfundada a su lado.

—No hay nada que perdonar. —Le ofreció su mano a Medusa—. Por favor, ponte de pie.

Manteniendo la cabeza inclinada, Medusa se levantó intentando tragarse el miedo que amenazaba con consumirla. A pesar del temor que hacía que sus rodillas temblaran, estaba ansiosa por atisbar el poder que tenía frente a sí. Estar ante la presencia de una diosa era un sueño para los mortales.

Como si conociera su deseo, Atenea tomó suavemente el mentón de Medusa y lo elevó hacia el cielo. Su tacto era como agua de mar, una frescura contra la piel de Medusa: anhelada y, aun así, caprichosa. Un escalofrío

recorrió la columna vertebral de Medusa. La carne que la sujetaba contra ella era, lo sabía bien, no más parecida a la suya que el polvo al fuego. La presión de Atenea era firme mientras giraba la cabeza de la niña de izquierda a derecha y de vuelta otra vez. En todo momento Medusa permaneció pasiva y dócil. Había pasado por esta rutina innumerables veces desde su cumpleaños número ocho y la frecuencia de dichos eventos había incrementado cada año. Algunos hombres ofrecían sobornos disfrazados de regalos antes de proponerle matrimonio. Algunos ofrecían mentiras disfrazadas de promesas o el compromiso de que sus hermanos pudieran casarse con las hermanas de Medusa cuando llegaran a la edad adecuada «a pesar de que tuvieran un aspecto inferior». Otros resoplaban e intentaban burlarse para hacer creer que aquello que veían no era realmente especial sino algo, incluso, mundano; pero estaban fingiendo, pues todos tenían ojos y lo que miraban bien podría haber sido esculpido por la mano de un dios.

Medusa dejó que la diosa la inspeccionara; sus ojos grises se enfocaban inmóviles frente al escrutinio. Siempre la misma presión contra su piel, firme y fuerte. Cuando Atenea la soltó y dio un paso hacia atrás, no tenía una mirada de satisfacción o disgusto en el rostro. Solo de aceptación.

—Dime, niña. —Su mano derecha descansó sobre la daga—. ¿Qué piensas de tu padre trayéndote a mí? A una diosa. ¿Piensa él que soy un orfanato? ¿Un lugar

donde los niños comen a costa ajena y gritan y llenan sus estómagos mientras se arrastran por mi suelo? —Su voz se agudizaba a modo de burla—. ¿O tal vez me considera un refugio para los pobres y flojos que han fracasado en levantar una guadaña para alimentar a su propia familia? ¿O que simplemente estoy aquí para todas las mujeres que temen la agitación de los hombres? Por eso estás aquí, ¿no? ¿Es esto lo que debo esperar? ¿Mojigatas, campesinos y alimañas profanando mi templo?

Medusa no se movió mientras Atenea hablaba.

—No estoy aquí para profanar nada, mi diosa.

—¿Entonces? ¿Para qué estás aquí? ¿Quieres ofrecerte a ti misma? —Rio. El fuego de su inmortalidad irradiaba a solo centímetros de la cara de Medusa. La relativa calma de hace un momento había sido reemplazada por un amargo y severo sonido que resonaba en el aire como la estática de un trueno antes de la tormenta.

—Ofrécete a los hombres de Atenas, Medusa. Ellos pagarán una suma más abundante que yo. Por tu cara, tu juventud... Tú podrías poner tu precio. —Pasó sus dedos por un rizo de Medusa—. ¿Acaso no te tienta? Imagina la vida que podrías comprar, la vida que tus hermanas podrían tener. Serías una tonta si no lo consideraras.

Atenea agudizó su mirada.

—¿Por qué no te defiendes, niña? Habla. Dime lo que piensas. ¿Tal vez no es tu padre a quien vi afuera del templo? ¿Tal vez eres la hija bastarda que atormenta sus pesadillas? —Sus labios se fruncieron con ironía—. ¿O

tal vez no apareces en sus pesadillas en absoluto? Tal vez te necesita lejos, fue demasiada la tentación que le provocan tus rizos perfectos y pechos incipientes. Tal vez el viaje hasta aquí es la oportunidad que esperaba. La oportunidad de tenerte para él. Después de todo, ustedes tienen dinero. Pudieron haberse quedado en los mejores hostales en su viaje hasta aquí, en cambio prefirieron la luna como sábana. ¿Por qué tu padre quiso mantenerte a su lado? ¿Tal vez tus pretendientes se decepcionarían de la pureza que recibirían?

El pulso de Medusa se aceleró, pero apretó la mandíbula negándose a ceder ante las provocaciones de la diosa. No podría morderse la lengua para siempre y lo sabía. La diosa no era conocida por su paciencia y no pasaría mucho tiempo antes de que su silencio fuera visto como insolencia; mas no la obligaría a hablar a través de vituperios. La severidad del silencio fue refrenada por el canto de un ave, un extraviado alción que no parecía comprender la importancia del momento.

—Habla, niña. —Los delgados dedos de Atenea habían vuelto a peinar el cabello de Medusa. Su tono había vuelto a ser suave; sus ojos, hospitalarios—. Deseo escucharte. He oído tantas cosas sobre tu voz y has viajado desde tan lejos para llegar aquí. Desde muy, muy lejos.

Por primera vez desde que entró en el templo, Medusa sintió el cansancio del camino recorrido y la seriedad de la tarea que tenía frente a sí. Las ampollas y llagas le escocían las plantas de los pies.

—Podemos sentarnos si así lo deseas. —Atenea percibió el titubeo en sus ojos—. Debes estar cansada.

—Eres una diosa —respondió Medusa ignorando la sugerencia de Atenea—. Sabes que no hubo pensiones por lo que sabes también que no hubo transgresión alguna. Y sabes por qué estoy aquí.

Atenea juntó sus manos, presionando las puntas de sus dedos entre sí. Su piel relucía.

—Entonces, ¿buscas refugio? Es eso, ¿verdad? Tu padre quiere que me encargue de sus responsabilidades. Que te vista, te alimente y te permita usurpar mi prosperidad. ¿Por qué permaneces callada? —La pendiente de sus cejas se elevó hacia el pliegue en el que su yelmo suele posarse—. Tienes razón, te he observado, niña. He visto a tu lengua dejar hechos jirones a hombres del doble de tu tamaño. Te he visto vender las uvas de tu padre por el doble de su valor a hombres que sabías que podían pagarlo solo para darle tus ganancias a quienes no tenían nada. Tú tienes palabras, niña, una biblioteca de palabras. ¿Por qué optas por no usarlas?

La mirada de Medusa se mantuvo firme. Respetuosa, pero firme.

—Porque, mi diosa, tú me has visto. Tú sabes lo que mi lengua puede hacer. Lo que mi mano puede hacer y tejer y hornear. Tú has visto mi corazón, mi voluntad, y la de mi padre, madre y hermanas. Las palabras que enuncie o calle ahora, en este momento, no tendrán relevancia alguna en lo que me suceda. Eres una diosa. Si

lo hubieras deseado, habrías desviado nuestro camino una docena de veces o más. Pero no lo hiciste. ¿Qué son una palabra o una docena de palabras ahora? No creo que una diosa destrozaría o rescataría a una persona tomando como base una acción cuando hay mil detrás y cien mil por venir. Tu decisión estaba tomada mucho antes de que yo pusiera un pie en este templo. Todo lo que me queda es escucharla.

Atenea dio un paso atrás. En su cinturón la daga resplandecía más brillante que antes. Un rayo de luz verdosa destelló de sus tobillos mientras una serpiente bordada se enlazaba en el dobladillo de su toga. El golpeo en el pecho de Medusa se aceleró mientras la diosa de ojos grises estrechaba su mirada, afilando sus rasgos y su voz una vez más.

—¿Y piensas que te he elegido para quedarte? —Su tono era burlón—. De todas las chicas que se presentan ante mí, que hacen fila y llenan sus brazos con regalos, ¿piensas que te elegiré a *tí*?

—Eso no lo sé —dijo Medusa con la calmada coherencia de alguien mucho mayor—. Sé que podrías matarme y aventarme a los empedrados de Atenas antes de que caiga la noche. Si ese es el caso, entonces que lo sea. Sé que no puedo cambiar el parecer de la poderosa Atenea. Y sé que sería una tontería intentarlo.

Atenea caminó alrededor de la niña, otra procesión a la que Medusa había sido sometida antes. Ella mantuvo la cabeza mirando hacia el frente y sus hombros hacia atrás.

—Entonces, ¿tienes sabiduría? —preguntó Atenea.

—Para ser una niña, sí —respondió Medusa.

La insinuación de una sonrisa titiló en los labios de Atenea.

—La sabiduría solo es una parte de mí. Una parte de mi templo. Pero, ¿y de la guerra? ¿Qué sabes tú de la guerra? —Se dejó de rodeos—. Nunca has estado en un campo de batalla. Nunca has sentido el tibio derramamiento del vientre de un hombre mientras su aliento se desvanece. Tus sentidos nunca se han llenado con la hediondez de la sangre mientras aquellos a tu alrededor balancean espadas y gritan por tu muerte. ¿De qué me servirías? Eres solo una niña. Suave y débil.

La lengua de la niña recorrió sus rosados y vibrantes labios, formando un círculo. Sus ojos miraron hacia arriba, no tanto como para encontrarse con la diosa, pero lo suficientemente cerca.

—Es verdad —dijo Medusa con su voz de niña, suave y contemplativa—. Nunca he estado en un campo de batalla. No soy la hija de Esparta, nacida con el peso de una espada y el conocimiento de su giro cuando viene hacia mí. No sé de guerras, pero sé de batallas. Batallas conducidas en nombre de mi familia cuando llegó mi primer pretendiente a mis ocho años. Batallas que yo conduje cuando me negué a dejar que las manos de los hombres deambularan donde creían que tenían derecho a hacerlo, o cuando me negué a seguirlos en una caminata, lejos de una vereda o hacia una arboleda de

olivos. Conozco de las batallas que he conducido mientras en el mercado obligaba a los hombres a mirar no mis pechos o mis ojos o mis piernas, sino la fruta que estaba vendiendo. Estas no fueron batallas de sangre, es verdad, pero son batallas. Batallas que he peleado y ganado.

Atenea se alejó de la niña. Su luz se había dispersado y ahora era ligera y tenue.

—Y estas guerras que has conducido —dijo, llevando su mano hacia la daga—, ¿piensas que terminarán cuando entres a mi templo? ¿Cuándo seas una de mis sacerdotisas?

Por primera vez desde que dejó su hogar, Medusa sonrió. Sus labios se arquearon, la sonrisa elevó sus mejillas. Pero el destello que provino de sus ojos no era de dicha. Era oscuro y hueco y no había sido obtenido en su vida, sino en las miles de vidas de sus predecesores. De su tía, la tía de su tía, y a través de muchas generaciones demasiado lejanas a la suya como para recordarlas.

—Esas batallas —dijo— no terminan nunca.